AÑO III — BUENOS AIRES, 20 DE OCTUBRE DE 1924 — N.o 144

LA PROTESTA

PORTE PAGO — SUPLEMENTO SEMANAL — PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden — Redacción y Administ.: PERU 1537 — Valores y giros a A. Barrera

ANATOLE FRANCE

Conmueve y hace saltar las lágrimas la agonía del autor de "M. Bergeret". No es piedad lo que experimentamos por él. Es la emoción por todo lo que es bello e inaccesible. Es la misma emoción que nos ahoga al contemplar todo lo que es inaccesible y bello en la naturaleza. Y cuántas, cuántas cosas existen en la naturaleza que nos infunden una admiración que raya en el delirio!

Para aquel que nació para percibir la belleza en todas las cosas, es un martirio de Tántalo no poder apresar la brisa, en su clavicordio, no poder pintar las miríadas de colores con que la fantasmagoría del sol pone sobre todas las cosas. Ser pájaro de barro es la peor condición que puede padecer quien nació artista.

Auscultar la melodía de nuestra alma que coincide con las armonías de las esferas siderales y no poderla expresar, es el dolor hecho amargura infinita.

Judas Iscariote experimentó algo de eso, cuando vió a Jesús, su compañero de correrías, modelar pajaritas de arcilla, que al tirarlas en el aire volaban; entonces él, el chiquillo pelirrojo, quiso hacer lo mismo, pero las modeladas por él, al tirarlas al aire, volvían a caer al suelo.

¡A cuántos artistas les sucede eso! y a todos les parece que fué la más grande injusticia que pudo inferirles el destino. Y tienen razón. Porque injusticia es, y muy grande, la de inculcar el deseo y la sed de lo infinitamente bello, y no otorgarle los dones para satisfacer esa sed y aplacar el martirio tantalesco.

Anatole France, en cambio, fué aquel que bañó en sus aguas espirituales todo lo que vió y sintió, infundiéndole el soplo inmortal de la divinidad.

Todo lo que hay de conmovedor en la creación de sonido y color, y en las ideas, todo lo que es bondad, comprensión, excelsitud misericordiosa y flor de sabiduría existe en los libros de France.

Fué aquel que pudo todo lo que quiso. Su poder de creación espiritual iguala al de las más grandes figuras de la humanidad. Y aunque en los tiempos presentes es tenido por una de las cumbres intelectuales más inaccesibles, se engrandecerá más y más, a medida que se aleje el tiempo. Solamente las generaciones futuras, con la perspectiva necesaria, podrán justipreciar adecuadamente el conjunto de su obra.

Por cierto, fué el humanista más dilatado y que abareó más horizontes en nuestra época contemporánea.

Son astros que en los ciclos de las civilizaciones aparecen de vez en vez y de raro en raro.

Y se llaman Homero, Sócrates, Dante y Leonardo da Vinci.

Si verdaderamente Anatole France alcanza esos valores eternos, nosotros, que estamos al pié de la montaña, no podremos saberlo, no obstante nos parezca así. Y solamente la posteridad será la que pronuncie el fallo definitivo.

Por lo pronto, la influencia de su obra ha sido imponderable sobre los modernos tiempos, sin que por esto deje a la zaga discípulos que lo imiten, como pudo suceder con un Zola, con un Stendhal o un Dostoyewsky.

Su espíritu es de un matiz tan cambiante que es imposible que pueda ser contenido en la mezquindad de una fórmula y de una receta literaria.

Anatole France, como tantos productores geniales, no dejará la plaga de calcadores, de los que, imitando lo externo de las obras inmortales, llegan a vulgarizarlas haciéndolas banales.

Es que la producción intelectual de Anatole France es la alquitarada esencia de un espíritu, y los que quieran seguirlo, ni en lo interno ni en lo exterior podrá menoscabar, con sus limitaciones.

Es la miel libada en las flores por la abeja, que nadie que no sea abeja podrá destilar la frangancia, el perfume y el sabor de ese conjunto de elementos compósitos que forman su esencia.

Estadísticas

Victor Hugo decía que al abrirse una escuela se cerraba una cárcel.

Por mucho tiempo se ha creído que la educación elemental sería el sanalotodo. Y que el analfabetismo era causa principal de todos los delitos cometidos por la gente del pueblo.

La novela "Los Miserables" de Hugo, presenta un arquetipo — en Jean Valgean — con buenos sentimientos, que, por carecer de instrucción, llega a perpetrar actos punibles para las leyes confeccionadas por los hombres.

También Guerra Junqueiro afirmaba que *"dentro de una carcel hay cien analfabetos; y si la sociedad les hubiese enseñado a deletrear, esos cien crímenes quedarían reducidos a ochenta"*.

Confesemos contritamente que esta ilusión que iluminaba a nuestros mayores la hemos perdido completamente.

La Alemania del kaiser era la nación que tenía un menor porcentaje de analfabetos; sin embargo, este hecho no impidió que el pueblo alemán fuese un dócil instrumento en las manos de un tirano histérico y sanguinario.

Mientras las escuelas primarias y las no primarias se hallen en poder del Estado, la instrucción no propenderá por cierto a la regeneración de la criatura humana.

No por saber leer y escribir el hombre será mejor. Esa función mecánica podrá servir para fines objetivos, pero el espíritu poco tendrá que ver en ello.

Un diario de la tarde, al comentar un folleto del Consejo Nacional de Educación, que acaba de aparecer, citaba unas cifras que le llenaban de regocijo y de asombro.

Según la estadística que publicaba, alcanzan a 1.260.845 los alumnos que en edad escolar concurren a las escuelas de toda la República, recibiendo en ellas la educación primaria.

Completaban esta información las cifras respecto a las escuelas, que llegan a 9.785, y de los maestros, que alcanzan a 42.110.

Ahora bien, si la educación que se imparte en esas escuelas del Estado se limitase a su función de enseñar nociones físicas, todo esto nos parecería muy bien, y también nosotros nos alegraríamos con estas cifras abultadas. Pero todos sabemos a qué torturas se somete a la infancia en edad escolar, atiborrándola de conocimientos inútiles, inculcándole morales falsas, hechos falsos, y concluyendo por hacer de los niños verdaderos autómatas y entes sin personalidad.

Ilustraremos con un suceso acaecido en una de las escuelas de la capital para demostrar cómo se cercena, mutilando lastimosamente las mentalidades infantiles.

Una maestra de esas que quieren hacer méritos ante sus superiores, propuso, a las alumnas bajo su férula, un tema libre sobre el que desarrollarían sus ideas y sus opiniones acerca de la Argentina.

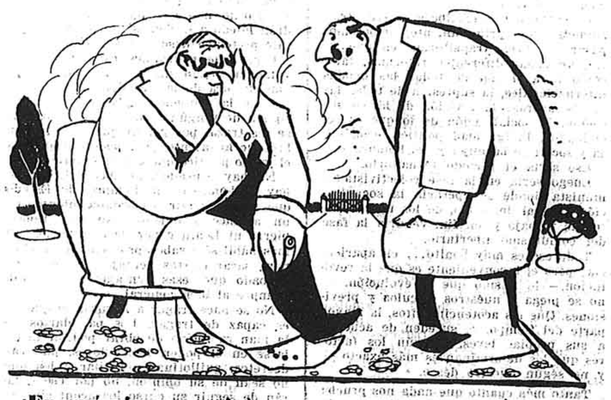
Una, entre ellas, presentó un trabajo proclamando con entera y brusca franqueza su pensamiento acerca del tópico. Empezó a decir que no le importaba nada haber nacido en la Argentina y que hubiese preferido ser rusa o francesa. Respecto a los próceres de la independencia declaraba que le parecían hombres mediocres y sin mayor relieve. Sobre la capacidad económica del país opinaba que poco le atañía, ya que la gente vivía tan mal como en todas partes.

La maestra, escandalizada, la hizo expulsar de la clase, y por poco la entrega a la policía como anarquista, aunque apenas tenía doce años.

En vez de premiar su franqueza y felicitarla por haber sido sincera, la relegaron a la vergüenza, poniéndole en la picota ante sus compañeras, y, lo peor, privándola de seguir sus estudios.

Por eso esas cifras que publica el Consejo Nacional nos dejan completamente indiferentes.

Es que la escuela actual, sobre todo en las clases primarias, es troquel para acuñar futuros esclavos, que serán carne de taller o de cañón.



—¿En qué piensa, socio?
—En que si se pudiera acaparar el aire y se reglamentara su explotación, podríamos hacer un gran negocio.

La revista naval de Spithead

Albión la vetusta y de una moral de enervante medicridad, al fin quitóse la careta para dejar en descubierto sus monstruos "con escamas de acero, intestinos de bronce, bocas pavorosas rugiendo metralla, vomitando llamas", prestas a sembrar la muerte por todas partes.

Esta revista naval, en la que tomaron parte doscientas naves, sin que integrara el total de las unidades que posee actualmente la armada británica, nos convence plenamente cómo y de qué manera tratan las grandes potencias el desarme.

Y todas estas unidades navales son de construcción reciente. El buque más antiguo de la escuadra de reserva fué incorporado en 1912.

Y lo más relevante del programa naval resultaron los navíos porta-aviones: nueva arma que utiliza la conquista del aire con fines terriblemente nicidiales.

Los entendidos en estas siniestras cuestiones de asesinar por mayor y en gran escala, dicen que esos aparatos aéreos, provistos de su torpedo, destruirán el más poderoso acorazado.

Y mientras por un lado el Parlamento, al votar los presupuestos pavorosos que absorbía la marina de guerra, imponía las gabelas más aplastantes a la población británica, la desocupación aumentaba cada vez más, engrosando los ejércitos de los menesterosos y de los sin trabajo.

En la misma fecha que se realizó esta feria naval, el telégrafo notificaba que a los millones de obreros en "chomage" se añadieron unos 180.000 más, que tendrán que mendigar para satisfacer las necesidades más perentorias e ineludibles de comer y abrigarse.

El gobierno socialista con Mac-Donald al frente, no solamente no arbitró ningún recurso para remediar la situación angustiosa, sino que la agravó con las promesas y el miraje de una próxima y pronta redención económica.

Y esta vez también los ilotas que vieron el boato y el insolente despliegue de la "home-fleet", se dieron cuenta que los dineros del pueblo los emplean los socialistas, los conservadores, los liberales y todos los políticos y gobiernos del mundo, para fabricar proyectiles que servirán para matarlos a ellos o a sus hermanos.

¡Qué malos somos cuando tenemos miedo! — *Anatole France.*

"Se dice: la vida será espléndida, pero ninguno se hace la sencilla pregunta: ¿Quién ha de tornarla buena, si nosotros no hacemos más que soñar?"

Máximo Gorki.

A Guerra Junqueiro le tocó vivir en una época de laxitud espiritual para su pueblo. Todo estaba prostituído y subvertido. Su desprecio por todo se revela en esta contestación. Preguntósele:

¿Cuántas almas hay en Portugal?

Respondió:

—Almas, ninguna. La mía nada más... Habitantes unos diez mil.

¿Puede hacerse la revolución por etapas?

Algunos objetan que es imposible que el regimen anarquista pueda, al comenzar de la revolución, sustituir inmediatamente la sociedad actual: que es preciso, desde el presente, estudiar por qué etapas deberá pasar la revolución, qué puedan, suavemente, llevarnos hacia una sociedad sin leyes, sin amos, sin dinero, ni medida de valor.

El camarada Stackelberg, entre otros, sugiere que, primeramente, deberemos pasar por fases transitorias, en que serán aplicadas diferentes reformas, tales como la abolición de todas las deudas internacionales, la supresion de todas las magistraturas; la revisión de la constitución, la socialización de lo que es socializable, la igualdad politica, económica y social de la mujer y del hombre, etc.

Ese sería el periodo transitorio.

Luego sería en la fase colectivista-comunista donde se operaría la socialización general del suelo, de los instrumentos de trabajo y, en fin, vendría la fase del comunismo libertario.

Todo eso es muy bonito... en apariencia; pero el inconveniente es que la revolución, — lo mismo que la evolución, — no se plega á nuestros cálculos y previsiones. Que los acotecimientos, la mayor parte del tiempo, se suceden de acuerdo a sus propias leyes, — según los factores que los determinan es más exacto — y no según nuestro deseo.

Tanto más cuanto que nada nos prueba que sea absolutamente imposible que la medida que el camarada Stackelberg clasifica en la tercera fase, pueda realizarse en la primera, o que esté en marcha ya en la sociedad actual.

Por ejemplo la igualdad política y social de la mujer puede imponerse perfectamente a la sociedad actual, sin que por lo demás, sufra quebrantamiento alguno. Si sus partidarios saben agruparse y realizar una campaña bastante intensa para forzar la mano a los legisladores, lo obtendrán un día u otro.

Es un simple asunto de la voluntad, de organización, de tenacitad. La emancipación de la mujer no pondría en peligro la sociedad burguesa, y no sería más que una simple justicia el que la mujer tenga al menos los derechos — eficaces o no — que pudo adquirir el hombre. ¿Porqué no hacer de eso un objeto de actividad? sin ilusionarse por su valor.

¡La supresion de la magistratura! el camarada Stackelberg no permitirá que dudemos de su realización, no solo en el periodo transitorio, sino aun en el periodo comunista-colectivista. ¡Existen demasiados "abogados-generales" en esa escuela, que se afligirían al verse privados del empleo que responde tan bien a sus capacidades!

—

Y además, recortar la revolución en fragmentos, es disminuir su programa, es castrarse. Es hacer lo que hacen los aspirantes a diputados que vienen a decirnos: "Lo que queréis está muy bien, pero hay cosas que no se realizarán — si se realizan alguna vez —, más que dentro de algunas generaciones. ¿Por qué no tomar lo que es inmediatamente realizable y tratar de obtenerlo?"

Realizar en el presente lo que es realizable, estoy de acuerdo. Es por eso que quisiera ver a los que están de acuerdo sobre tal cambio a operar, tal abuso a combatir, asociarse con el objeto de operar ese cambio, de combatir ese abuso, sin ocuparse de lo que cada uno de ellos pueda pensar sobre otros puntos; unidos por una idea única que les deja libres de obrar, a su modo, sobre los otros puntos. Es la única manera de llegar a hacer un buen trabajo.

A condición de que se dé uno bien cuenta que el punto que se intenta realizar no representa todo el trabajo posible, que ese no es más que una parte de un todo, una simple división de trabajo, basada sobre las preferencias y las aptitudes.

Cuando se presente la revolución, el problema será el mismo. Los que quieran aportar a la sociedad en gestación formas nuevas de relaciones sociales, deberán asociarse para organizar ellos mismos las formas de relación que juzguen mejores, sin ocuparse de lo que pensarán, sobre otros puntos, los asociados. No querer asociarse más que con aquellos que piensan absolutamente lo mismo sobre todos los problemas sociales, es condenarse a no ser jamás más que una minoría, es condenarse a la impotencia. En cuanto a marcar en el programa lo que es realizable o no, habrá siempre gentes que tendrán miedo a ir demasiado lejos, sin que interpretemos desde ya sus deseos.

Creer que podríamos canalizar la revolución según nuestra fantasía, es la más utópica de las utopías. ¡No, mil veces no, la evolución y la revolución no siguen de ningún modo los senderos que se les traza, por genial que sea el hombre que lo intente, ¡por poderoso que sea el grupo político que quiera emprenderlo!

No hay pensador, no hay político, no hay diplomático ni hombre de Estado que pueda dirigir los acontecimientos de un alcance semejante. No hay Robespierre ni Lenin capaz de dominarlos. El más hábil sólo sabe aprovecharse de ellos para sacar ciertas ventajas. Y no se ha probado que esas ventajas se refieran siempre al bien general.

No se hace tragar a la masa lo que no es capaz de tragar. Los partidarios de la manera fuerte de obrar podrán instalarse en el poder, hacer leyes, publicar decretos, guillotinar o fusilar a los que no sean de su opinión, no por eso dejarán de seguir su curso los acontecimientos. Cuando el orden se restableciera no subsiste más que lo que la masa estaba preparada para aceptar.

—

La revolución social será lo que la propaganda anterior de las ideas haya preparado y nada más. Según la intensidad de esa propaganda, según la exposición más o menos clara de las ideas que hayan sido emitidas y que hayan podido causar impresión en las masas, la revolución tomará tal o cual curso. Probablemente sufrirá la influencia de diversas corrientes. Pero serán las transformaciones que hayan sabido imponerse mejor a los espíritus las que tendrán probabilidad de ser realizadas.

Y serán aquellas cuyos propagadores hayan sabido crear los grupos iniciadores las que tendrán probabilidad de implantarse.

La revolución es siempre el hecho de una minoría más avanzada, claro está. Pero esa revolución no triunfa más que si la masa ha evolucionado bastante para ayudarla cuando se desencadene. Si deja hacer solamente, la revolución está perdida. Será preciso interesarla y hacerla confundirse con ella. La minoría activa puede influenciar la masa, no llega nunca a absorberla.

El ejemplo, y la puesta en práctica inmediata de lo que se considerará provechoso para el establecimiento de la organización social que se entrevé, he ahí lo que tendrá probabilidad de triunfar en la lucha de las diversas concepciones que se disputarán la "dirección" de la revolución.

Pero intentar "dirigirla", apoderándose del poder, es el mayor error, la concepción más perjudicial a la revolución misma. Una minoría puede instalarse en el poder, mantenerse un tiempo en él. Pero las medidas que pueda dictar, los modos de funcionamiento que pueda decretar, serán, en la aplicación práctica — cuando no queden en el estado de letra muerta —, falseados y no producirán los resultados que esperaban de ellos los que los impusieron, por ser interpretados, como lo serán, por la mentalidad de los agentes de ejecución, de los cuales muchos podrán pertenecer al régimen caído, pues habrá sido imposible hacer tabla rasa de la administración antigua.

En la sociedad actual, tan bien ordenada, en que los agentes de ejecución son los fieles súbditos del régimen, ¿cuántas leyes vemos interpretadas en la práctica de modo que producen lo contrario de lo que esperaba de ellas el legislador?

—

Los revolucionarios que, sinceramente, quieren una sociedad en que el bienestar deberá existir para todos, desembarazada de todos los obstáculos que paralizan la iniciativa del individuo, se condenan a las decepciones más amargas cuando se imaginan poder producir esos resultados por medio de leyes y decretos, o por medidas administrativas. La única "dirección" eficaz es la acción, es el ejemplo. Ahora bien, la acción, aun en tiempo de revolución, no consiste sólo en batirse y en fusilar a los adversarios.

Derribar los engranajes de la sociedad antigua es insuficiente si luego no se tiene a mano el engranaje que deberá asegurar la continuación de la producción, facilitar el reparto de los medios de subsistencia, de modo que no haya ruptura de continuidad entre la sociedad antígua y la nueva; que la revolución sea un medio para mejorar inmediatamente la situación del mayor número, y no una ocasión para agravarla.

No es por leyes y decretos como debe organizarse la sociedad que, como Minerva, debe salir por completo armada de la cabeza de sus generadores, es "por el hecho" como debe establecerse en cuanto la revolución comience.

Nuestra tarea, propia de anarquistas, es pues tratar de desarrollar nuestras ideas, de hacerlas claras, precisas, de hacer comprender de qué modo deben organizarse las relaciones entre grupos e individuos en el nuevo orden de cosas que surgirá de la revolución, dedicándonos, sobre todo, a hacer comprender que es de la iniciativa de los grupos y de los individuos de donde debe salir la organización futura. Que toda tentativa de organizarla autoritariamente no podría ser más que una vuelta hacia la sociedad burguesa, un obstáculo puesto a través de la evolución del régimen naciente.

Pero lo que no hay que olvidar, tampoco, es que para que la revolución realice íntegramente su obra, no debemos limitarnos a "filosofar", a establecer, sobre el papel o en nuestras imaginaciones bellos planes de sociedades futuras, nos es preciso, desde el presente, en medio de nuestra propaganda, ocuparnos de organizar los grupos económicos que deberán, cuando estalle la revolución, servir de armadura a la organización de la sociedad nueva.

En artículos anteriores he dado algunas ideas sobre lo que deben ser esos grupos, sin que se haya prestado gran atención a ello, aunque parece que en los grupos anarquistas, donde no se contenta con declamaciones, se siente que hay algo que hacer en esa dirección. No puedo, pues, menos que remitir el lector a esos artículos.

—

Podrá darse que nuestras ideas hayan penetrado bastante en la masa para que, desde el principio de la revolución, seamos capaces de hacernos comprender y de arrastrarla con nosotros en nuestras tentativas de organizar una sociedad anarquista, como podrá acontecer, por el contrario, que sean otras concepciones las que dominen, o bien que sea una amalgama de ideas diversas la que se exprese en la vida real. ¿Quién podrá predecirlo? ¿Quién puede prever la evolución que pueden hacer las ideas en los cerebros de millones de individuos?

En ese punto no podemos nada. Propagar nuestras ideas, tratar de preparar nuestras agrupaciones para reemplazar los organismos burgueses, digámoslo nuevamente, es todo lo que nos es posible.

Y cuando la revolución estalle, tratar de realizar lo que sea realizable de nuestras ideas bajo la determinación de los acontecimientos, he ahí lo que veo de practicable.

Pero no tratemos, ya, de recortar la obra de la revolución en fragmentos. Los acontecimientos serán bastante suficientes para eliminar de nuestro programa lo que sea irrealizable, sin que nosotros, ahora, hagamos esa labor de emasculación.

Jean GRAVE.

CARTAS DE ITALIA

¿REPUBLICA O REVOLUCION?

Creo que puede ser de algún interés la discusión que se ha desarrollado en estos últimos tiempos entre compañeros, en Italia, sobre la oportunidad o no de que los anarquistas, como primer acto de una acción positiva revolucionaria apoyen o más bien creen un movimiento revolucionario republicano.

La discusión se ha hecho ya otras veces. Hacia el 1900, nuestro amigo Amilcare Cipriani solía decir: "Por un girón de vida republicana daría la poca vida que me queda". No discuto aquí la frase de Cipriani, que se declaró anarquista sólo en un breve momento de su vida — hacia el 1890 — y en los últimos años se había alejado inmensamente de nosotros. Era más bien un socialista-republicano; y su exclamación era por consiguiente lógica y explicable.

Pero nosotros debemos discutir la cosa desde un punto de vista diferente, el punto de vista de nuestras ideas antiautoritarias y antiautoritarias y en armonía con nuestras aspiraciones revolucionarias.

* * *

Somos anarquistas. Nuestra misión específica es, por lo tanto, la de combatir por la anarquía y en la dirección de sus principios. Empero, durante la lucha es natural que, ora los unos ora los otros, encontremos de tiempo en tiempo a nuestro lado tantos otros partidos que quieren combatir sinceramente una u otra de las instituciones sociales por nosotros combatidas.

Así sucede, ha sucedido y sucederá que en las luchas contra el capitalismo, en la crítica al sistema monopolista de la organización económica actual nos encontramos a veces automáticamente al lado de los socialistas, sin ser por ésto ni colectivistas ni comunistas autoritarios como ellos; sucede, ha sucedido y sucederá que para combatir el reformismo del movimiento económico, para dar a la lucha obrera un carácter más agresivo y revolucionario nos encontramos a veces, con bastante frecuencia, de acuerdo con los sindicalistas, sin que por eso creamos como ellos en la virtud taumatúrgica y única solamente de la organización obrera.

Así sucede naturalmente que nosotros seamos de cuando en cuando los aliados ocasionales, desinteresados y secundemos fines, de quien quiera que sea — grupo o persona, clase o partido — se levanta contra una injusticia política o económica, contra una autoridad constituida, contra un abuso o una forma de explotación, etc., cuando (se entiende) el modo de insurgir sea popular, proletario y revolucionario, y no parlamentario o eleccionista.

Esto se comprende fácilmente en todas las naciones, cuando se trata de socialistas y sindicalistas, los cuales — a pesar de sus desviaciones y renuncias y exclusivismos, — tienen de común con los anarquistas, históricamente y teóricamente, el punto de partida que es la negación de la explotación capitalista y el principio de la socialización de la propiedad.

Así se comprende bien — en Italia y en los países de régimen monárquico, también para los republicanos, cuando éstos desenvuelven en el terreno revolucionario una real actividad contra las instituciones regias, según su propio programa. Un tiempo, antes que los republicanos aceptasen el método electoral, esto era más evidente. Aun después, mientras los republicanos del partido oficial, desde 1890 a 1914, aproximadamente, se habían empantanado hasta la punta de los pelos en el parlamentarismo y en el corporativismo, tanto, que parecían más reformistas que los reformistas del socialismo, los anarquistas italianos conservaron cordialidad de relaciones y se encontraron librando útiles batallas al lado de las minorías republicanas y mazzinianas intransigentes (antiparlamentarios) que eran fuertes en algunos centros de Romaña y de las Marcas.

La guerra de 1914-18 convirtió en intervencionistas a todos los republicanos y mazzinianos, menos una pequeña insignificante excepción; su lucha antimonárquica fué interrumpida y por consiguiente fueron interrumpidas también las relaciones de buena vecindad entre ellos y todas las fuerzas socialistas y anarquistas que permanecieron fieles a sus ideas. Esto, desgraciadamente, sucedió precisamente cuando, en 1914, antes de la guerra, también la mayoría del partido republicano oficial había comenzado a orientarse hacia un programa más revolucionario y más en armonía con las aspiraciones obreras. Pero es preciso reconocer lealmente que el intervencionismo republicano, aunque criticable e ilógico, no podía parecer inesperado, porque para determinarlo había toda una larga tradición irredentista a la que, desde Oberdan en adelante, los republicanos no habían nunca renunciado del todo.

Terminada la guerra y vueltos los republicanos a sus posiciones antimonárquicas de la anteguerra, especialmente al prevalecer en su partido los elementos nuevos y juveniles y al separarse de ellos los elementos más corroídos por el intervencionismo, con las nuevas y terribles desilusiones generadas por la guerra real, poco a poco las distancias fueron nuevamente disminuyendo. Luego, bajo la racha fascista, que ha embestido a todos, las fuerzas que quedaron fieles a la causa de la libertad y del proletariado volvieron a encontrarse nuevamente par a par, como después de 1894 y después de 1898.

No podía ser de otro modo. No hay que olvidar, en efecto, que en Italia existe la monarquía; y una Revolución italiana no podría comenzar sino siendo antimonárquica. La lucha antimonárquica es, por consiguiente, un punto de contacto casi diría natural entre anarquistas y republicanos. Y cuando se trata de republicanos obreros, la afinidad es aún mayor, ya que muchos republicanos incluyen en su concepto de república un significado no solamente político, sino también social, anticapitalista.

* * *

Pero, según mi parecer, el hecho de poder estar ocasionalmente al lado en la lucha, en el terreno de la acción directa y popular, de los republicanos y el excluir que el resultado de un movimiento revolucionario italiano pueda también ser una república más o menos social, no debe impedir a los anarquistas permanecer fieles a su idea y tratar de alcanzar a través de la revolución su propio objetivo y acercársele lo más posible.

Los anarquistas hoy como ayer quieren la revolución, y, por lo tanto, hoy como ayer son los más directos enemigos de la monarquía. Pero para ser antimonárquicos y revolucionarios no hay necesidad de ser republicanos. Se es ya revolucionario y antimonárquico siendo radical e intransigentemente antiautoritario, es decir, llevando la lucha contra todas las formas de autoridad y de explotación.

Nosotros somos favorables a cualquier progreso por la libertad y el bienestar del pueblo. Si se determinase mañana a nosotros nos placería, y si pudiésemos conseguir determinarlo nosotros no lo escatimaríamos nuestra obra, — si se determinase, digo, un movimiento popular y de libertad antimonárquico, quien quiera hubiese iniciado este movimiento estaría seguro de tenernos a su lado, o más bien en la vanguardia, donde más ardorosa fuese la lucha.

Pero ni aún entonces podríamos restringir, para dar gusto a los ocasionales aliados en la batalla, nuestro programa de reivindicación de todo el bienestar y de toda la libertad para el pueblo. Prontos y activos en la obra de demolición, nadie podría pretender que nosotros contribuyésemos a reconstruir instituciones que no nos satisfacen y en las cuales vemos desde ya una forma diversa pero no menos dañosa de opresión. Seguiremos siendo anarquistas, luchadores por la anarquía.

Quiere decir que nuestra participación en la revolución significaría no sólo trabajar en destruir las instituciones monárquicas, sino atacar al mismo tiempo todas las otras instituciones maléficas de la sociedad actual, estatales y capitalistas, en las cuales vemos la trama compleja de los males que afligen a la humanidad.

Puede darse que en tal movimiento no logremos en todo y del todo los fines que nos prefijemos; puede que de la revolución, en que habremos participado, nazca un orden de cosas republicano más o menos socialista: es decir, menos de lo que deseamos. No importa. Nuestra obra habrá sido igualmente proficua, sea porque habrá ayudado al pueblo a dar un paso hacia adelante, sea porque, cuanto más enérgica en el sentido revolucionario y anarquista haya sido nuestra acción en el movimiento, tantos menos defectos del antiguo contendrá el nuevo orden de cosas, tanto más fuerte será el proletariado para sus sucesivas reivindicaciones.

Mas para cumplir eficazmente esta función de propulsores en el seno de una revolución que no sea completamente cual quisiéramos, mal responderíamos al fin comenzando por castrarnos, por limitar nuestra obra revolucionaria, por replegar un solo extremo de nuestra bandera. Mejor lo conseguiremos cuanto más — participando con todas nuestras fuerzas en la acción insurreccional, —seamos lo que somos, íntegramente anarquistas, en oposición absoluta e intransigente y en guerra abierta contra el capitalismo y contra el Estado.

Nosotros comprendemos que los partidos autoritarios, para diferenciarse de los monárquicos, tienen necesidad de llamarse republicanos, como es el caso de los socialistas no anarquistas que sean verdaderamente revolucionarios. Pero nosotros, los anarquistas, por ser antiautoritarios y antiestatales, somos también automática y naturalmente antimonárquicos; y en un país en que el Estado es monárquico, como en Italia, la lucha antiestatal no puede ser, en el acto práctico y en el comienzo, sino esencialmente antimonárquica.

¿Qué necesidad hay, pues, de tomar por enseña de lucha una bandera que no es nuestra? Pensemos mejor en levantar bien alta la nuestra, en combatir solos también, cuando los otros desertasen el campo, y a no perdernos en las vanas ejercitaciones de una más vana academia.

Sólo en la acción podremos encontrar, combatiendo por nuestra idea, las virtudes que hoy nos faltan; sólo con la acción podremos hacer una efectiva obra práctica y a la vez coherente con nuestros principios.

C. L. F.

Roma, Agosto de 1924.

"Muñequita de caoba"

"Muñequita de caoba" es la reina de España. Su palacio es un cabaret de Madrid. Ella es en realidad la regeneradora de la política española, como que gobierna con la cadera... Un movimiento de piernas de "muñequita", puede más en la España del "supresorio" militarista, que una obra científica de Cajal, un cuadro de Zuloaga o un discurso de Unamuno. Los destinos del pueblo español dependen de los caprichos de una bacante.

Alguien dijo que abrir una escuela equivalía a cerrar una cárcel; pues en la España militarista y clerical suceden las cosas al revés, como es natural, esto es: se abren cárceles y se cierran las escuelas. Al fin, el proletariado podrá comprender que no hay diferencia alguna entre el Parlamento o la Cámara de diputados y el cabaret o el prostíbulo pues que, lo mismo se gobierna a un pueblo desde una cámara como desde la otra... España es un ejemplo. Y tanto dá para el pueblo trabajador y para todos los hombres dignos y amantes de la justicia, que los ahorquen en nombre de la ley o del Estado, como que lo hagan por indicación de una prostituta, pues el Estado y la ley, es decir, su razón, está allí donde está la fuerza, y la fuerza está hoy en España en las caderas de "Muñequita de caoba". ¡Y aun hay hombres que hablan de la patria y de la bandera sin sonrojarse siquiera! Pero estamos seguros que en el alma del proletariado español hay una idea salvadora que tarde o temprano iluminará la conciencia del mundo: La revolución social.

A. N. D. A.

La tragedia Rusa

Ultimamente se celebró en Moscú un congreso de la federación nacional rusa de obreros de la industria gráfica, cuyos miembros ascienden a 77.000. En el congreso de diciembre de 1923 se trató el asunto de los funcionarios a sueldo de la organización; a pesar de una proposición que rebajaba su número a *uno por cada 500 miembros*, se resolvió que hubiera *un funcionario por cada trescientos*.

En el órgano de la Federación, *Petschatnik*, del 1º de febrero de 1924, se lee el siguiente balance:

SALIDAS	RUBLOS
Sueldos a los funcionarios	11.207.438.84
Gastos de organización	2.470.620.12
Gastos de oficina	3.524.682.87
Diversas	514.349.54
Petschatnik (el órgano)	6.412.992.35
Total	24.130.083.73

Las entradas de la federación en cotizaciones de los miembros ascienden a 14.485.344.24 rublos. Las entradas del *Petschatnik* ascienden a 5.557.607.07 rublos. Como se vé, la gran mayoría de las entradas van a satisfacer los gastos de la administración; el déficit es satisfecho por el Estado. Cada Federación sindical de industria es un complicado aparato administrativo con centenares y millares de funcionarios a sueldo de la organización. Imagínense ahora las enormes sumas deducidas del mísero salario de los trabajadores para cubrir los gastos de las administraciones centrales de los sindicatos, luego el presupuesto de la Internacional Sindical Roja, que subvenciona agentes en todos los países y que dispone en Moscú de un ejército de parásitos. Por otra parte, piénsese en el partido comunista, en el cual existen casi tantos funcionarios como miembros. Y por fin la burocracia estatal, una cifra espantosa, sin precedentes en ningún gobierno capitalista. La burocracia es en Rusia omnipotente, más si cabe que bajo el zarismo; sobre todo es más numerosa; la menor manifestación de la vida dispone de un complicado aparato de empleados y de un sinnúmero de decretos y de prescripciones que recuerdan tiempos ya lejanos. Toda esa máquina funciona a costa del trabajo, porque la revolución rusa no descubrió otra fuente de la riqueza social que el trabajo de los obreros y campesinos. El ideal de todo comunista probado es ser funcionario del Estado, y en Rusia ese ideal es el único que parece haberse realizado. Pero los trabajadores sufren hoy todos los horrores del terror gubernativo y de la explotación estatal y privada más atroz que haya visto Rusia.

Con ese estado de cosas no es extraño que florezcan todos los vicios, que la prostitución no tenga ya límite de comparación con la existente bajo el zarismo, que la desocupación crónica sea un fenómeno ordinario de la nueva situación, que el hambre del pueblo origine epidemias intensantes y una desmoralización creciente.

Las estadísticas oficiales del gobierno ruso señalan la probabilidad de un nuevo período de hambre, como el de 1921, que costó 5 millones y medio de víctimas. Diversas causas han hecho que la cosecha de trigo disminuyese considerablemente, en 1923 fué de 3167 millones de puds y en este año no pasará de 2786, según Rikor, y de 2600 según Zinoviev en *Pravda*. El área de la siembra ha sido disminuída en todas las regiones de Rusia; los campesinos se resisten a trabajar para la nueva tiranía. Es posible que volvamos a escuchar los gritos desesperados de los hambrientos rusos, que vuelvan a ser necesarias suscripciones internacionales que sólo alimentarán los rosados y satisfechos funcionarios del soviet, que la opinión pública sea conmovida por la catástrofe. A nosotros no puede sorprendernos la nueva amenaza del hambre en diversas regiones de Rusia; hace años que hemos señalado el peligro: el resurgimiento de una casta de gobernantes que sobrepasa por sus ansias de dominación a los gobernantes burgueses. Un país en que todo rastro de libertad falta, en que la vida entera es sofocada por la policía judicial y administrativa, de un gobierno, por rico que sea en recursos naturales, como lo es Rusia, no puede ser favorable a las buenas cosechas. No sólo hace falta sol y agua para que las semillas fructifiquen en la tierra; es preciso el calor de la libertad y el interés del obrero y del campesino en su trabajo.

La introducción de la nueva política económica, que descentralizó algo el capitalismo de Estado, ha producido las pocas ventajas que se constatan hoy en Rusia en comparación con la situación de antes de 1921; pero no es bastante; para que la situación rusa se nivele con la situación de los países capitalistas de Europa, es preciso ante todo que el Estado sovietista abandone sus empresas, que no rinden beneficios más que para los empleados de la administración.

El anhelo unánime de la Rusia actual, de la verdadera Rusia del trabajo, es la vuelta a las condiciones del régimen zarista; el comunismo leninista ha matado el poderoso ideal revolucionario, que vivía en el pueblo ruso y que buscaba las soluciones al malestar social en el porvenir; la población productora de Rusia mira hacia el pasado, compara las conquistas de la revolución comunista con la existencia bajo el zarismo y encuentra aún ventajas en el viejo régimen.

El daño causado por la tiranía bolchevique a la causa de la revolución mundial es irreparable; no sólo han llevado a la ruina la economía rusa, sino que sembraron la confusión y el desaliento en los obreros y los campesinos rusos del mundo entero. Lo que había podido ser una estrella y un incentivo para el proletariado de todos los países, se ha convertido, por obra de la dictadura de los zares rojos, en un factor de contrarevolución internacional.

SALON DE PRIMAVERA

(Conclusión)

Por eso no discutiremos la gramática artística de cada cual, indicando errores caligráficos y ortográficos. Nos importa un comino que pinten con tierra siena, a puntitos, a brochazos, con poca o mucha pasta o que hayan empleado un mes, un año, o un día, nada nos importa. Lo que cuenta son los resultados.

Y bien; en el Salón de pintura actual, los *resultados* no sugieren nada, no distando un ápice de todos los años pretéritos, en que se exhibía la misma cantidad de lienzos con sus respectivos autores. El Salón no es mejor ni peor que los de ayer y anteayer. Los que figuran en él se han anquilosado en un subconcepto y no van para atras ni para adelante.

Todo es mera pintura, pintura y pintura, equivalente a paja, paja y paja.

Entre los numerosos cuadros que aturden a los visitantes, son muy escasos los que se salvan del naufragio general.

Son los artistas que trabajaron en planos distintos, adoptando una posición espiritual que desde los primeros momentos los diferenció del montón.

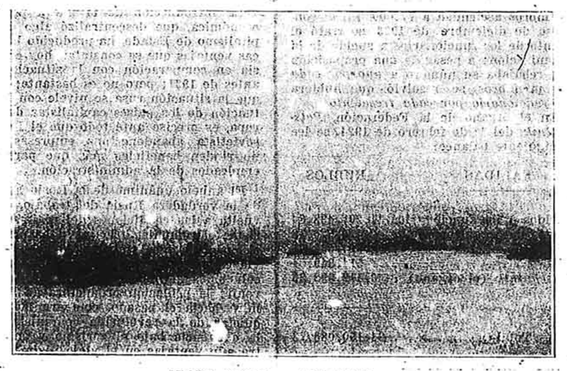
Por esto, cuando los que se estacionaron están todavía de ida, ellos han vuelto ya, serenos y lúcidos, marchando por un sendero inusitado hacia firmamentos inéditos. Nos referimos a Guillermo Butler, a Italo Botti, a Arata, Vena, Cittadini y otros, como Pettoruti, que trabajando en un sentido completamente opuesto a los nombrados, era un elemento necesario en este ambiente de cretinismo artístico.

Bien venidos sean los monstruos, si son nuevos y jóvenes, — exclamaba hace años Rafael Barret, en una de sus "Moralidades Actuales".

Nosotros también consideramos que la pintura de Pettorutti, influenciada con todos los ismos que predominan en Europa, servirá como un poderoso revulsivo en esta charca cenagosa de extatismo artístico.

Como el futurismo de Marinetti que en Italia fué contra esa pintura que calcaba la realidad pedestremente, plagiando, no el espíritu de los clásicos, sino lo externo, Pettoruti, con su fórmula sintética de arte — que podrá incurrir en lo bizarro y en lo exageradamente abstracto de un elemento decorativo —, resultará un reactivo contra el academismo sui géneris de que están inficionándose nuestros *jóvenes maestros*.

Para nuestras tierras será el arroyo turbulento que anegará muchos prejuicios, infinidad de convencionalismos y otras tantas cosas que por lo repetidas deberán desaparecer, pero al mismo tiempo fecundará, propiciando una floración



ITALO BOTTI — "Dia Gris".

pródiga de aspectos y formas novedosas.

Por lo pronto, esa tela de "Las dos amigas" es una composición armónica, por su cabal sencillez. Y sobre todo de un acento hondamente viril. Creemos saber que es una producción de su primera juventud.

Bien; quien empieza pintando con esa llana simplicidad, solamente preocupado por el efecto total de la composición, en tonos graves y someros, sin que el alarde de técnico asomase un ápice, podría deducirse que su evolución estética inevitable, detendríase en el cubismo y sus sucedáneos.

Ya se ve, entonces, que para Pettorutti era ineluctable incurrir en esos ismos y era un acontecimiento lógico, dada su especial conformación de adustez espiritual.

Y si antes calificamos este lienzo de viril, hemos de consignar que lo que nos sugirió este adjetivo fué la austeridad con que está compuesto este motivo pictórico.

Y ya se sabe que todas las obras austeras nos dan la impresión de una virilidad sana. Para ilustrar este ejemplo citaremos la obra de Unamuno, cuya prédica de filósofo no puede ser más máscula.

El paisaje de Pettorutti participa de todas las cualidades del lienzo mencionado y detona notablemente entre todos esos paisajes acaramelados y cuya composición fué presidida por el azar más incierto.

En cuanto a Botti y a G. Butler, continúan por la misma senda de luz que les trazara su temperamento.

Difiriendo en aspecto técnico, los dos nos llegan a conmover con la misma intensidad. Tal vez el sentimiento pantetista haga más policroma la visión de Botti, mientras el misticismo de Butler influya en atenuar las tintas, otorgándole a la composición del cuadro cierta leve estilización.

Por eso nos explicamos la deformación y el alongamiento inconsciente de las figuras del Greco. No es por cierto debido a su astigmatismo visual (como se lo achacara un médico) sino que las visiones de sus lienzos pasaban a través de los carbones encendidos de su fantasía mística.

Botti, en su exposición personal, parece haber logrado una plenitud de forma milagrosa Es decir, que la materia es rica y jugosa y sus recursos pictóricos le dan una desenvoltura que sugiere una ligerísima impresión de superficialidad.

Botti llegó o está por llegar à la madurez de su talento y se halla como quien, habiendo arribado al fin del camino que se había propuesto recorrer, tiene un momento de indecisión.

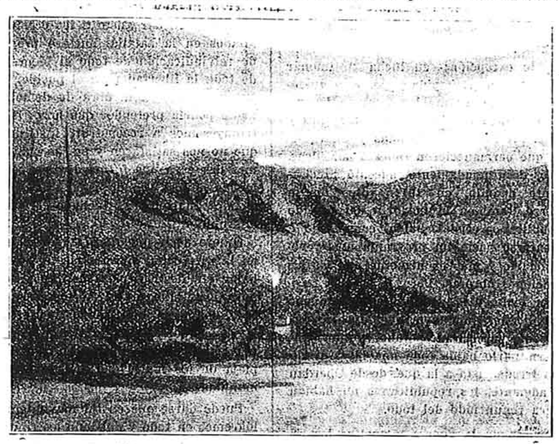
...Y uno duda si en el artista prepondera lo pintoresco, el aspecto formalista o la emoción contenida inherente a toda la obra de Botti

En lo que se refiere a Vena, Arata y Tito Cittadini, y algunos como Basaldúa, Horacio Butler, que exponen por primera vez, y Tapia, que después de una ausencia de varios años se presenta como una tela bien compuesta y certeramente lograda, están trabajando en un plano cuyos esfuerzos se verán presto recompensados con la obra que todos soñamos: donde se sintetizará en una autobiografía milagrosa todo nuestro dolor y todo nuestro ensueño, que lo ennoblece.

Vena, Cittadini y Arata ya en lienzos anteriore. nos han significado con cierta elocuencia valores espirituales respetables, que son los que nos infunden, acerca de ellos, la más confiadas y risueñas esperanzas.

Hay, además, otras telas como la de Thibon de Libián, cuyo propósito de contraerse a una labor más seria y más intensa que en los años anteriores, es innegable.

Es extraño que un pintor de condiciones tan admirables no haya podido todavía condensar su pintura en una fórmula rotundamente personal, en vez de dar-



ITALO BOTTI — "En los Cocos".

nos composiciones casi literales. Nos infunden la sensación de esos libros irreprochablemente escritos, pero de enjundia libresca.

Sin embargo, el "panneau" del medio del tríptico "Bambalinas", nos convence más que los demás envíos de Thibon

Pedone nos da una versión italiana de Avila; Malanca, con "Su primera nevada", presenta un lienzo amablemente compuesto, donde los lampos de la nieve se difunden en un grave pálor, y Franc Villar una tela armoniosa y bien pintada.

Reconocemos, a pesar de todo, que en el Salón quedan algunas obras más, cuyos autores demuestran condiciones para seguir por la senda espinosa del arte.

Pero nos repugna — imitando a "nuestros colegas" — manosear, en una reseña escrita al galope, nombres y obras, acoplándoles un adjetivo insulso o regalándoles un piropo desteñido.

Para nosotros sería ofender, insultar lo que tiene de sagrado, cuando es sincero y desinteresado el esfuerzo.

Ya no nos faltará ocasión para hablar de sus producciones futuras y pasadas con el respeto y la detención que se merecen.

LA ESCULTURA

Se ha dicho por casi todo el mundo, que el aporte de la escultura al actual certámen, era de mejor calidad en lo que atañía a la pintura.

Es este un juicio arbitrario y caprichoso. Las mismas deficiencias, los mismos vicios de conformación y de concepción que apuntáramos para la sección cuadros, se revelan en casi todos los envíos.

No emprenderemos un análisis detallado de todas las obras, porque ni vale la pena y sería predicar a una muchedumbre de sordos, que lo son por no querer oír, ya que les sobra vanidad y petulancia para poder progresar y mejorarse espiritualmente.

Así que nos detendremos en aquellos que demuestran condiciones de una facultad creadora ennoblecida por el amor y un *"ostinato rigore"* hacia el ejercicio del arte que practican.

¡La escultura que emerge sobre todas las que la rodean en una aspiración anímica de ascender hacia las regiones inalenables de una emoción depurada, es *Flamma Extinta*, de Luis Falcini.

Es una imagen votiva en que la antigua gracia helénica del movimiento sereno y de una calma grave y honda, impregnada por el silencio de que está compuesta, revive en soplo animador.

Y este viento animador no es el furioso viento que agita los peplos de las Parcas, ni de la Victoria de Samotracia en su carrera incansable, sino que está amasado con la gracia inmortal de la Venus de Milo, y con la mansedumbre y la resignación de un dolor místico y ultraceleste.

Por cierto, esta escultura de Falcini no tiene el menor acento arcaico, como frecuentemente se exterioriza en las obras que imitan a los griegos en lo externo...

Pero sí posee singularmente el espíritu inmortal de quienes hicieron del arte escultórico un poema de armonía y ritmo.

El ritmo sucesivo que cadencia esta escultura, acompaña este dolor materno, manso, callado como una fuente escondida que llorase por dentro.

Y esta emoción contenida que rodea como un halo de luz la cabeza materna, inclinada y dolorida, nos conmueve más que la desesperación de una Gorgona convulsa por los sollozos.

En fin, sobre quien interpreta el dolor de los dolores con un sentimiento tan grave y una nobleza y elevación que diviniza todo lo que toca, se puede concebir la firme esperanza de una redención de la escultura argentina del pantano de vulgaridad donde se halla empotrada.

Acerca de las otras obras que contemplamos, nos interesaron tan medianamente que necesitaríamos fingir una emoción y admiración que, desgraciadamente, ni sentimos ni experimentamos.

Con todo, no deseamos negar los méritos de nadie.

Por ejemplo, Tenti con su "Descargador", Rovatti, con "Botti" y Juan Leone con su "Fragmento", con un estudio apasionado llegarán indudablemente a realizar una labor profícua dentro de sus límites.

Respecto a la Sala de Arquitectura, citaremos a los jóvenes arquitectos Vautier Ernesto y Alberto Presbich — cuyo proyecto de una ciudad azucarera publicamos en el número pasado — y quienes marchan por una vía de renovación, de simplicidad y buen gusto, yendo contra las construcciones atrabiliarias cargadas de cornisones y capiteles que en vez de adornar afean de tal modo los edificios, que constituyen en esta urbe el record de lo mamarrachesco.

At.

Los últimos días de Tolstoy

RELATO INÉDITO DE SU HIJA ALEJANDRA

La autora de las páginas que siguen, condesa Alejandra Tolstoy, hija menor del filósofo, vive actualmente en Rusia. El gobierno soviético le prohíbe salir del país. Le ha prohibido, asimismo, editar las obras completas de su padre; mejor dicho, pretendía ejercer sobre esas obras el derecho de censura y el de efectuar supresiones. Ante tal exigencia, la condesa prefirió renunciar a su proyecto. Está demás añadir que el dominio de Yasnaia Poliana ha sido nacionalizado. Un pariente de Tolstoy reside en él, pero pertenece al pueblo.

PROEMIO

La evasión de León Tolstoy, abandonando bruscamente su morada de Yasnaia Poliana para ir a morir a una pequeña estación de ferrocarril, ha sido relatada muchas veces, poro con variantes contradictorias, que contribuían a espesar el misterio de este gesto final del autor de "Resurrección".

Tenemos — por fin — la narración del testigo más calificado, la hija de Tolstoy, Alejandra Lvovna, el único miembro de la familia que le acompañó en el último viaje y que le asistió hasta el postrer instante. Los "recuerdos" que acaba de presentar al público adquieren un alcance revelador, no solamente porque son acotaciones de un raro testigo directo, sino sobre todo por el hecho de que la condesa Alejandra ha sido la única de los hijos de Tolstoy que adoptó su enseñanza evangélica, estuvo al corriente de sus proyectos más secretos como su secretaria de confianza y fué, en fin, su legataria y su albacea testamentario.

En la hora actual, se aplica todavía a esta obra — en lo que las condiciones políticas del régimen soviético le permite— propagando los escritos del apóstol de Yasnaia Poliana o sacando a luz los que son inéditos.

No teniendo en vista esta vez sino el relato de sus observaciones en el transcurso del dramático episodio de la vida de Tolstoy, la condesa Alejandra no ha juzgado oportuno precisar el motivo verdadero de la evasión de su padre a fin de no mencionar al amigo más próximo de aquél y de ella misma.

Todo lo cual no impide que yo trate de aclarar el punto a los que esto lean, a lo menos por una breve alusión — ya que el problema exige un estudio de más aliento — en lo que fué la causa real del último acto de Tolstoy, tardío e inexplicable para los que ignoran su origen.

Se creyó por todas partes, fuera y aún dentro de Rusia, que el ermitaño de Yasnaia-Poliana había resuelto por fin conformar la vida de gran señor a sus principios de pobreza y humildad. Tanto sus partidarios como sus adversarios tenían razón al conjeturarlo, puesto que no cesaba de denunciar las costumbres de "lujo" en los otros como en él mismo.

Unicamente los iniciados sabían que si Tolstoy persistía en no modificar sus condiciones de vida — que nada tenían de "lujoso", por lo demás — no era porque se complacía en ello, sino, muy, por el contrario, porque le proporcionaban una cruel "prueba", tan dolorosa le resultó la existencia en su hogar. Y a los que se proponían cambiar su condición social a fin de concordar con los principios de su doctrina, Tolstoy repetía: "No es necesario ni útil cambiar las condiciones "exteriores" de vida para practicar la verdadera enseñanza de Cristo; basta — y eso solamente importa — enmendar gradualmente nuestra vida "interior", en el lugar que la suerte reserva a cada uno de nosotros, y desde entonces la vida común se mejorará para el bien de cada uno y de todos, merced a la elevación del nivel moral de cada miembro de la colectividad".

Y he aquí que, infringiendo la doctrina a la que había estado ligado desde hacía treinta años. Tolstoy cambia de "condición", a los ochenta y dos años, y huye de su hogar. Es que la prueba que había soportado, en sus dos últimos años sobre todo, con paciencia evangélica, venció finalmente sus fuerzas desfallecientes. Colocado entre su esposa neurótica y su imperioso amigo Tchertkov, en conflicto exasperado de ternura hacia ambos, Tolstoy fué víctima de esas afecciones que se celaban. Quiso escapar a este suplicio.

E. Halperine-Kaminski

I

PARTIDA NOCTURNA DE TOLSTOI. —EXIGE DE SU HIJA EL SECRETO. — DESESPERACION DE SU MUJER, LA CONDESA TOLSTOI. —TENTATIVA DE SUICIDIO. — ODISEA DEL FUGITIVO.—SE REUNE EN OPTINA CON SU HERMANA, LA RELIGIOSA MARIA.— ALEJANDRA LE ALCANZA.

Desde el comienzo de la velada del 27 de Octubre algo penoso pesaba sobre nosotros. Varia (1) y yo no pudimos durante mucho tiempo conciliar el sueño esa noche. Nos pareció oír que alguien marchaba y hablaba en alta voz, en el gabinete de trabajo de mi padre.

Ya de madrugada, oímos golpear en nuestra puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, Lev Nicolaievitch. Parto al instante..., enseguida... Venid a ayudarme a hacer mis paquetes.

—¿Partes solo, pues? — pregunté con miedo.

—No, me llevo conmigo a Duchan Petrovitch (2).

Tolstoy, errante

Nos vestimos a prisa, subimos al primer piso y ayudamos a mi padre a hacer sus paquetes. Mi corazón latía hasta romperse, mis manos temblaban, cogía objetos que no eran necesarios, me apresuraba, se me escapaban de las manos...

Esperaba su partida, cada día, cada hora; lo que no impidió que, al anunciarme: "Parto enseguida", me sorprendiese como algo insólito e inesperado. No olvidaré nunca su silueta recortada en el vano de la puerta, vestido de blusa, una bujía en la mano, iluminando su hermoso rostro, lleno de decisión y firmeza a la vez.

Douchan Petrovitch Makovitsky estaba ya arriba (3). Parecía tan emocionado como yo, se apresuraba y se agitaba empaquetando los efectos de mi padre.

Mi padre, por el contrario, se mantenía sereno. Alineaba con sumo cuidado los pequeños enseres en cajitas y las ataba con un hilo. Me señaló un voluminoso montón de manuscritos, colocados sobre el sillón situado delante del escritorio.

—He ahí, Sacha, todos los manuscritos que he sacado de los cajones; te ruego que los conserves. He escrito a tu madre que te los cedo para que los guardes.

Su rostro estaba rosado, sus gestos eran naturales; no se advertía en él ninguna prisa, y, solamente su voz temblante traicionaba su viva emoción.

Llevé los manuscritos a mi cuarto; luego le pregunté si no había olvidado su diario íntimo. Me respondió que no y me rogó empaquetara los lápices y las plumas. Quise incluir algunos medicamentos indispensables para su salud, pero me dijo que era enteramente inútil.

Íbamos y veníamos sin ruido y nos decíamos los unos a los otros: "¡Bajo, más bajo, no haga ruido!" La puerta del gabinete estaba cerrada, y cuando preguntó quién la cerrara, mi padre repuso que se había acercado con paso quedo al cuarto de mi madre, había cerrado la puerta que a él daba así como la que comunicaba con el pasillo.

Estos preparativos duraron media hora. Mi padre, deviniendo impaciente, nos apremió; pero nuestras manos temblaban, las correas no llegaban a unirse, las valijas no se cerraban.

No teniendo más ánimo para esperar, mi padre se endosó su casaca, se calzó los chanclos, el gorro y los guantes de punto y fuése a la caballeriza para hacer enganchar los caballos. Yo descendí detrás de él, llevando los equipajes; Varvara Mikhailovna preparaba las provisiones para el viaje. Estábamos a punto de transportar los equipajes, cuando la puerta exterior se abrió y apareció mi padre sin gorro.

—¿Qué pasa?

—Es tanta la obscuridad que no se vé a dos pasos; he seguido el sendero, me he extraviado, tropecé contra un árbol, me caí, perdí mi gorro, lo he buscado, no pude encontrarlo y tuve que retornar. Ve a buscarme otro gorro, Sacha.

Corrí y traje dos; mi padre tomó el más modesto y volvió a salir, muniéndose esta vez de una linterna eléctrica. Lo que me sorprendió en el curso de estos preparativos fué que mi padre no quiso llevar nada que no le fuese absolutamente indispensable. Con gran trabajo pude persuadirle de la necesidad de la linterna eléctrica, de ciertos medicamentos y de un sobretodo forrado.

Salió, y algunos instantes después le seguimos, encorvados bajo el peso de los paquetes y de las valijas. El camino estaba lleno de lodo, nuestros pies resbalaban y avanzábamos con trabajo en la oscuridad. Pero súbitamente divisamos una lucecita azul: es mi padre que nos viene al encuentro.

—¡Ah, sois vosotros!, dijo; esta vez he llegado sin incidente hasta la caballeriza y ya está todo preparado. Voy delante para iluminar el camino.

Luego, con tono de reproche, se dirigió de pronto a Varvara Mikhailovna:

—Veamos, ¿por qué habéis dejado a Sacha llevar el paquete más pesado?

Tomó de las manos de mi amiga el cesto de mimbre, mientras yo ayudaba a Varvara Mikhailovna a llevar la valija.

Mi padre marchaba delante, apretando de vez en cuando el botón de la linterna. Trataba siempre de economizar el producto del trabajo humano, sobre todo cuando se trataba de invenciones perfeccionadas como la pequeña linterna eléctrica.

Cuando llegamos cerca de la caballeriza, Adrian Pavlovitch, el cochero, enganchaba a la vara el segundo caballo; mi padre puso los arneses, pero su mano temblaba y no atinaba a sujetarlos. Al principio apremió al cochero; pero, bien pronto, sentóse en la caballeriza sobre una valija y pareció súbitamente abatido.

—Me parece que a cada instante se nos va a sorprender, y todo estará perdido; todo se conjura para que no parta sin escándalo.

Yasnaya-Poliana:— A la izquierda, la aldea, a la derecha, entrada a la propiedad de Tolstoy

En fin, los caballos están enganchados; el cochero se pone el uniforme; el lacayo, Filia, monta sobre su caballo, sosteniendo en la mano una antorcha encendida.

—¡En viaje!

—¡Alto! Alto! grito; espera, papá, deja que te abrace.

Adios, palomita mía, ya nos volveremos a ver pronto, dijo... ¡Anda!

El vehículo arrancó y pasó, no por el frente de la casa, sino siguiendo la ruta que atraviesa el jardín de manzanos y va a terminar directamente en lo que se denomina la "perspectiva".

* * *

Todo lo acaecido fué tan rápido, tan inesperado, que no atiné a darme cuenta de lo que había pasado. Y de pié, en medio de la oscuridad, a la vera de la caballeriza, comprendí nitidamente, por vez primera, que mi padre había partido definitivamente de Yasnaia Poliana tal vez para siempre; un pensamiento seguramente atravesó mi mente: ¡quién sabe, quizás nunca más le volveré a ver...

Eran ya cerca de las cinco de la mañana cuando mi amiga y yo retornamos. Oprimido el corazón, ganamos nuestro cuarto y en él permanecimos hasta las ocho, contando los minutos. A las ocho, habiendo calculado que el tren en que mi padre debía partir estaría ya lejos, respiramos ya más aliviadas.

Fuí al encuentro de Ilia Vassilievitch (4).

—¿Dónde está Lev Nikolaievitch?

Ilia Vassilievitch callaba, bajos los ojos.

—¿Sabe Vd. que Lev Nikolaievitch ha partido definitivamente?

—Lo sé; me dijo que quería partir, y esta mañana, no viendo sus efectos, comprendí que se había ido.

El cochero que condujo a mi padre, al volver de la estación me trajo esta carta:

"Hemos llegado sin contratiempos. Iremos probablemente a Optina (5). Puedes leer las cartas que lleguen a mi nombre. Dile a Tchertkov (6) que si hasta el 4 del mes entrante no recibe contraorden, puede enviar a los diarios mi declaración (7). Te ruego, querida, que cuando

---

(1) *Varvara Mikhailovna Feokritov, que vivía con nosotros en Yasnaia-Poliana y que ayudaba en diversos trabajos a mi padre y a mi madre.*

(2) *D. P. Makovitsky, médico eslovaco, correligionario de Tolstoy. (Notas de Alejandra Tolstoy).*

(3) *La señorita Alejandra ocupaba una habitación en la planta baja con su amiga, M. de Varvara; en el primer piso, entre otras piezas, se encontraba el gabinete de trabajo y el dormitorio de Tolstoy.*

(4) *El servidor de mi padre.*

(5) *Convento de monjes bien conocido, sito en los aledaños de Yasnaya-Poliana, que Tolstoy había ya visitado precedentemente. A su vera se alzaba un convento de religiosas en el que vivía la hermana de Tolstoy, María Nicolaievna, que allí tomó el velo.*

(6) *El amigo íntimo, editor y propagador de los libros de Tolstoy.*

(7) *Esta declaración era una carta de Tolstoy dirigida a los diarios, advirtiendo que jamás vendió ni autoriza la venta del derecho de publicar sus obras.*

sepas donde estoy — y lo sabrán muy pronto — me des a conocer todo lo que ha pasado, cómo se acogió la noticia de mi partida, y todo el resto; cuantos más detalles me des, tan mejor.

28 de octubre. Stchiokino"

Esperé con emoción creciente hasta las once de la mañana. Me era sumamente penoso anunciar a mi madre la partida de papá. Finalmente, oí pasos en su cuarto: se había levantado. Subí al salón, y algunos instantes más tarde entraba mi madre.

—¿Dónde está papá? preguntó con voz inquieta.

—Papá ha partido.

—¿A dónde?

—No sé.

—¿No sabes hacia dónde ha partido? ¿Partido definitivamente?

—Te ha dejado una carta, hela aquí.

Le entregué la carta. La cogió vivamente y recorrióla de la cruz a la fecha. He aquí su texto:

"4 de la madrugada, 28 de octubre de 1910.

"Mi partida te causará pena; lo lamento, pero compréndeme y créeme, no he podido obrar de otra manera. Mi situación en el hogar es insoportable; sin mencionar otras causas, no puedo vivir más en las condiciones de lujo en las que se ha deslizado mi vida y hago lo que han hecho generalmente los viejos como yo: alejarse de la vida mundanal a fin de vivir en la soledad, en la paz, los días postreros de su vida.

"Te lo suplico, compréndelo, y no me sigas aunque llegaras a saber mi paradero. Tu llegada no haría más que agravar nuestra situación común, sin influir en nada sobre mi decisión.

"Te agradezco los cuarenta y ocho años que has vivido honestamente conmigo. Te ruego me perdones todas mis faltas para contigo, así como yo te perdono todas las que pudieras haber cometido en lo que a mí concierne. Te aconsejo que te resignes a la nueva situación y no me quieras mal. Si deseas comunicarme algo, hazlo saber a Sacha, ella sabrá pronto dónde estoy y me lo transmitirá. En cuanto al lugar de mi retiro, ella no podrá revelártelo, porque tengo su formal promesa de que nadie lo sabrá".

León Tolstoy.

"Encargo a Sacha de reunir mis efectos y mis manuscritos".

—¡Oh, Dios mío!... ¡Partido! ¡Partido para siempre! exclamó mi madre. No podré vivir sin él; voy a suicidarme.

Tiró al suelo la carta y salió corriendo. Llamé a Bulgakov, (8), quién, llegado de la casa de los Tchertkov, acababa de entrar en el salón. Le rogué me ayudase a vigilar a mi madre; se lanzó en seguida en su busca. Ella, tal como estaba con su vestido de entre casa, sin chanclos, corría a través del jardín, en dirección al estanque. Yo la seguía con la vista desde la ventana del salón. Vi que se aproximaba cada vez más al estanque. Me lancé vertiginosamente por la escalera y corrí para salvarla. En ese momento mi madre, advirtiendo a Bulgakov que la perseguía, cambió de dirección. Tratando yo de cortarle el camino, pasé a Bulgakov y llegué cuando estaba ya muy cerca del estanque. Subió sobre las tablas de la herrada en la que se hace la lejía, resbaló y cayó de espaldas. En el instante en que yo me volví hacia ella, deslizóse por las planchas y cayó en el agua sin que tuviese tiempo de retenerla. Comenzaba a sumergirse cuando me precipité en el estanque y detrás mío Bulgakov que acababa de llegar. Parada, con el agua hasta el pecho, saqué a mi madre y se la entregué a Bulgakov, así como a nuestro sirviente Vania. Ellos la recogieron y se la llevaron. En ese momento, llegó también nuestro cocinero, quien, corriendo a través del parque, resbaló y a su vez cayó.

—Precisamente así caí yo, dijo mi madre.

La tomaron en brazos y la transportaron.

Al retornar, y después de haber cambiado mi vestimenta, observé que mi madre había hecho lo mismo y se paseaba ahora por las habitaciones, sumamente agitada y sin saber qué hacer. De pronto, veo por la ventana que, vestida solamente con su bata, corre de nuevo en dirección al estanque. Aviso a Bulgakov y a Vania, que se precipitan detrás de ella y la traen a casa.

* * *

Esta jornada de pesadilla parecióme interminable. Mi madre no cesó de llorar, de golpearse el pecho, ora con un pesado pisapapeles, ora con un martillo; lastimóse con cuchillos, tijeras, alfileres. En cuanto le quité por la fuerza esos objetos, quiso arrojarse por la ventana, tirarse al aljibe, etc.

Resolví vigilarla noche y día, interin llegaran los otros miembros de nuestra familia a los que envié en seguida telegramas. Mi hermano Andrés estaba en Krapivna (9) y podía venir a Yasnaya-Poliana en el trancurso del mismo día. Mandé también buscar a Tula el médico de las enfermedades nerviosas.

Mi madre suplicóme infinitas veces le dijera el lugar hacia el cual había partido mi padre, y viendo que no lograba nada de mí, mandó que se informaran en la estación acerca del destino del billete adquirido por su marido. Habiendo averiguado que el boleto se había tomado para el tren número 9, envió este telegrama a nombre de mi padre:

"Retorna inmediatamente.

Sacha".

El sirviente encargado de llevar el telegrama, me lo trajo, no sabiendo si debía ejecutar la orden de mi madre.

Al anochecer llegó Andrés. Una hora después, el médico de Tula. Entró en seguida en el cuarto de mi madre, le habló largamente, tratando de apaciguarla. Nos dijo a mi hermano y a mí que la halló presa de una violenta crisis nerviosa y nos pidió la vigiláramos, pues, decía, no sería extraño que intentara suicidarse.

Durante la noche, mi madre fué vigilada por María Alexandrovna Schmidt (10) y Bulgakov. Me levanté varias veces para preguntar por el estado de mi madre. Esta paseó durante toda la noche por las habitaciones, ya sollozando, ya apaciguada. No intentó matarse, pero decía:

—Le encontraré... huiré... ¿Cómo podréis vigilarme? Saltaré por la ventana y correré hasta la estación; ¿qué haréis? No bien sepa dónde está, entonces no le dejaré más; le vigilaré día y noche. Dormiré en el umbral de su puerta...

En la noche del mismo día, recibí este telegrama, a nombre de Tchertkov:

"Pasamos noche Optina, Mañana Schamardino, dirección Podbylki. Estoy bien. Nicolaiev" (Nicolaiev era el pseudónimo que mi padre había adoptado para nuestra correspondencia).

Al día siguiente, 29 de octubre, llegaron mi hermana Tatiana y todos mis hermanos, salvo León, que estaba entonces en el extranjero. Todos, excepto mi hermano Sergio, opinaron que nuestro padre debía volver a casa, y le escribieron en ese sentido. Sergio, por el contrario, le envió una carta breve, pero buena y aprobativa, en la que decía que nuestro padre debía separarse de nuestra madre, por más penoso que esto fuese para ambos y que no tenía que reprocharse su acto, ocurriera lo que ocurriese.

* * *

En la noche del 29 al 30 partí en compañía de Várvara Mikhailovna. Pasamos por Tula, Kalouga Souhinitchi, Kozelsk. En Kozelsk alquilamos dos vehículos, uno para nosotros, otro para los equipajes, y partimos para Schamardino. El camino estaba horrible, lleno de barro, oscuro, y los caballos avanzaban con dificultad. Empleamos dos horas y media para hacer el trayecto. Por fin divisamos lucecitas a lo lejos; el corazón se me oprimía, latía hasta romperse. ¿Y si no encontrara a mi padre en Schamardino y hubiera partido hacia algún paraje desconocido? Nos aproximamos al hotel del convento.

—¿Tenéis a algún forastero entre vosotros, pregunto a una monja de cierta edad y de aspecto afable.

—Lev Nicolaievitch Tolstoy, responde con acento de orgullo.

—¿Se le puede ver?

—No; ha ido a casa de su hermana, María Nicolaievna.

Sin quitarme los vestidos de viaje, me dirijo en seguida hacia la habitación de mi tía Macha, rogando a la monja me guíe. Atravesamos el amplio patio del convento, luego la iglesia y por último los otros pabellones; en fin, la religiosa me designa una casita.

Una monja joven me abre.

—¿Qué deseáis?

—Pero dejadme pasar, digo, sintiendo mi emoción crecer por momentos. Soy la nieta de María Nicolavievna.

—Entrad, entrad.

Entro lentamente, atravieso un cuarto, luego otro, silencio por todas partes. Llamo a mi tía. Ella interroga con tono sorprendido:

—¿Quién me llama?

—Soy yo, Sacha. ¿Dónde está papá?

Ella está extendida sobre el lecho, en su cuarto. Nos abrazamos con transporte.

—Papá acaba de salir.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

—¡Alabado sea Dios! Entonces voy a quedarme un instante contigo, le digo; luego iré a reunirme con él en el hotel.

—¿Cómo no le habéis encontrado en el camino, si acaba de salir?

Como lo supe más tarde, Douchan Petrovitch había conducido a mi padre por un sendero más directo y por esta causa no nos encontramos.

En ese instante, entró Lisa Obolensky (11), que se hallaba entonces con mi tía.

Ambas, emocionadas, me interrogaron ávidamente y me confesaron a su vez la penosa impresión que les produjo el estado de mi padre.

Después de nuestra conversación, ya iba a irme, cuando la puerta se abrió y me encontré cara a cara con mi padre. Me abrazó y preguntó en seguida:

—¡Y bien! ¿Cómo están *allá*?

—Ahora todo se ha calmado; mis hermanos y Tania han llegado, y mamá está menos agitada. Te traigo cartas.

—Dámelas.

—Sentóse cerca de la mesa y se puso a leer atentamente las cartas. Várvara Mikhailovna entró.

Al terminar su lectura, mi padre dijo con acento de melancólica nostalgia:

—Sí, por más anciano que esté, no podría retornar... No, no volveré, agregó con decisión. La carta de Serioja es excelente: breve, sensible e inteligente.

Y ahora, cuenta; narra con lujo de detalles.

Le relaté todo lo que había ocurrido durante su ausencia: cómo acogió mamá su partida; lo que dijo; quién estaba cerca de ella; cuál fué la opinión del médico.

¿De modo que el médico dijo eso? Por lo demás, ¿saben algo?, profirió mi padre con gesto de desdén. Te he escrito, pero no has tenido tiempo de recibir mi carta. Te rogaba que dijeses a Tania y a Serioja que me es imposible retornar a *ella* (es decir, a Sofía Andreievna).

ALEXANDRA TOLSTOY

(*Continuará*)

(8) *El secretario de Tolstoy.*

(9) *Capital del distrito, a 30 verstas de Yasnaya-Poliana.*

(10) *Amiga desde hacia mucho tiempo y discípula de Tolstoy.*

(11) *Elisabeth Valerianovna Obolenski, hija de mi tía María Nicolaievna Tolstoy.*

Anatole France, en la intimidad

Desde hace diez años, Anatole France vive la mayor parte del tiempo en una propiedad que posee en Turena, cuya villa lleva el nombre de "Bechellerie". Es, entonces, en ese ambiente y entre las cosas que le rodean, donde hay que evocar su fisonomía y su existencia actual.

"La Bechellerie" es una construcción Luis XIII, baja y larga, situada en la vecindad de Turs, sobre una meseta que domina a la vez el valle del Loira, con el río que toma ese nombre, y también con su gentil tributario, el Choisille.

Se adhieren al edificio principal varios pabellones, que son destinados a los visitantes, teniendo cada uno sus nombres: "Le Chai", "Les Lepin", la "Petit Bechellerie".

Al centro se eleva una fuente rodeada de césped: es una estatua de mujer de líneas exquisitas, que mírase desde lo alto de la piscina florida.

De mañana temprano, sobre el más alto corredor que da a una pequeña terraza cubierta por el follaje de una enredadera, el maestro aparece. Vestido de su "robe de chambre", con un birrete floreado y un pañuelo de seda al cuello, la barba blanca al viento, aparece con una estatuita, un cuadro, un cofre.

Una de sus más grandes alegrías es modificar el arreglo de los aposentos de sus huéspedes y amigos. Sin cesar los enriquece de un nuevo bibelot artístico. Y todo eso, buscando el lugar adecuado, buscando la línea, el color, la armonía del conjunto... para luego exclamar:

—¿Está bien, no? —O todavía: Es de tal época. Y en seguida cuenta la historia, y es un deleite escucharlo. De este modo nos conduce a través de todas las edades, de todas las costumbres, de todos los países. Hay que saber que muchas veces ha viajado por todas las naciones de Europa, recorriendo el norte de Africa, Egipto, Marruecos, y ha llegado hasta Sud América.

Nosotros estamos por creer que prefiere los libros a los bibelots. Hay que verlo cuando retira de un anaquel uno de esos volúmenes raros y viejos, que constituyen el delirio de los bibliómanos; y hay que contemplarlo cómo los acaricia con la mirada, hojeándolos con un cuidado sumo, con sus dedos que apenas desfloran las hojas. Luego, hay que oirlo añadir una glosa comentándolo, que muchas veces es más brillante y más ingeniosa que el mismo texto.

Pero a esas mismas horas el cartero del pueblo llega, suena el timbre y deposita un voluminoso paquete de cartas, que llevan los sellos de todos los países del mundo. Son por lo pronto las premurosas solicitaciones de toda suerte y color, y es el rescate que le impone la muchedumbre anónima a los que llegaron al pináculo de la gloria.

Es el joven audaz que funda un diario o una revista y suplica al maestro que figure a la cabeza de sus colaboradores; la estrella de cinema que desea interpretar una obra de Anatole France para coronar dignamente su carrera; dos debutantes le someten sus manuscritos. Tres autores solicitan un prólogo. Diez periodistas piden una entrevista. Después el coro de fotografías, los libros, abanicos, albums, simples papeles: Maestro, dignese firmar esta fotografía suya, este libro suyo, este abanico que le perteneció, este album y este papel que usted tuvo un día entre sus manos.

Pero las misivas más conmovedoras son aquellas que se dirigen tomándole como guía, como un mentor y aún como un confesor al que se le develan las cosas más íntimas. Muchas personas, en los momentos más graves y angustiosos de su vida, acuden a él para que les sirva de apoyo moral. Y otros le escriben, sin pedirle nada, solamente para darle las gracias: le agradecen de haberlos deleitado y más todavía de haberlos esclarecido espiritualmente, otorgándoles un sentido nuevo, que es "la comprensión de la vida". Es la fórmula que más frecuentemente aparece en todas las cartas.

Los que le envían esas misivas perciben, a través del velo del excepticismo, la filosofía de tolerancia suma que pretende darles a los hombres, por juez y testimonio, la "Ironía y la Piedad".

El correo no solamente le trae cartas. También llegan libros recientemente aparecidos, en que las dedicatorias que se prosternan ante él son una nueva nube de homenajes, de elogios y de veneración. El próximo correo le traerá los diarios. Hay que reconocerlo lealmente, este correo es preferido al otro. Los diarios están primero que las cartas. Las fajas que cubren los impresos son desgarradas por los dedos nerviosos del maestro.

Es que el Anatole France ama el pasado, se interesa también por el presente y se apasiona porque advengan tiempos mejores. Ese gran hombre es sobre todo un gran humanitario. Cuando dice: "yo no amo más que las cosas antiguas", es puramente coquetería. Se sabe que en todas las épocas de grandes crisis fué el primero que se mezcló en la lucha, siendo quizás el más apasionado.

Si se **le pudiese arrancar cuál** es su predilección **entre las lecturas que prefiere, se vería que su preferencia se manifiesta mayormente por las obras en que** se expresan **opiniones, a las de mera imaginación: aquellas en que bajo el velo de una ficción se "puede decir todo lo que se piensa".**

Es espíritu reaccionario que prolonga la guerra, en estos días de precaria paz, le irrita y le sofoca. Cada triunfo insolente del partido de la violencia contra el partido de la justicia, le indigna. Desde que fué conocido el escandaloso veredicto de la Alta Corte que instruyó el proceso Caillaux, él dirigió al ex presidente del Consejo la carta que se leerá.

Sr. Caillaux:

Un partido que no pudo impedir la guerra, ni terminarla antes de arruinar el país, quiere apartar del poder, por una de las más inicuas condenas, al ciudadano que venció a Alemania, sin que le costase a Francia una sola gota de sangre. El odio de vuestros enemigos os enaltece. Un apretón de manos. — Anatole France.

Uno de los últimos retratos de France

El interés **activo que él demuestra por la actualidad y los sucesos contemporáneos es la manera ansiosa de interrogar** a todos los que **llegan a su retiro: que** los **forasteros vengan de París o de** Tours, él los **acoje con un premuroso "Y ¿qué hay de nuevo?", o "Aquél nos va a decir lo que él sabe".**

Y este es el rasgo más característico de ese gran hombre: una modestia inconcebible. Es necesario poseer un carácter adiamantado para poder resistir esa formidable avalancha de elogios y esas nubes cegadoras del favor universal.

Todo le interesa, menos sus propios hechos y su persona. Y hace lo posible para ignorarse. Escribía: "Lejos de buscar de conocerme, siempre me esforcé en ignorarme. Yo reputo el conocimiento interior de uno mismo como una fuente de inquietud y tormento. Deliberadamente me frecuenté lo menos posible. Me pareció que la verdadera sabiduría consiste en desdoblarse y en alejarse de su imagen olvidándose de sí mismo... Ya de niño, como de joven y de viejo, viví lo más alejado de mis cosas y de mí mismo".

En todas las **circunstancias de la vida** él aplicó **esa máxima. Frecuentemente se** ha narrado las estratagemas que empleaba para defraudar la curiosidad de sus admiradoras y castigarlas maliciosamente. Una de ellas habíase ingeniado para inmovilizarle en un rincón, donde le sometió a un interrogatorio. Con sensible falta de tacto, le preguntó cuál era el libro que él prefería a los otros. Anatole, embarazado, inventó un título: "El violón de porcelana". Y la dama, cayendo en el lazo, murmuró confidencialmente: "Yo lo prefiero también, maestro".

Si Anatole France ignora su persona, ignora mucho más su gloria. Se sabe que el nieto de France — Lucién Psichari— es también nieto de Renán. Cuando el ministro de Suecia le invitó por parte de su soberano para que fuera a Estocolmo a fin de recibir el premio Nobel, aceptó; pero expresó tímidamente el deseo de llevar consigo su nietecito, que, por otra parte, es un adolescente encantador. Y para justificar su pretensión, que viniendo de un abuelo no era del todo exagerada, él añadió con vivacidad:

—Ustedes saben muy bien que es el nieto de Renán!

Cuando cuenta anécdotas, no solamente es un raro deleite que uno experimenta al escucharle, sino que realzadas con la mímica cobran un encanto singular,— aunque nunca son incidentes personales los que él narra. Difícilmente se le puede arrancar algún recuerdo sobre su persona. Esta excesiva discreción tiene asimismo consecuencias que se prestan a tergiversaciones, ya que dejan en la sombra ciertos rasgos que se deberían sacar a luz para que no subsistan algunos errores que es importante rectificar.

Por ejemplo: todos creen que Anatole France escogió su pseudónimo. Y no es cierto.

El padre de Anatole France nació en los alrededores de Samur, y se llamaba Noel-Francisco Thibault. Lo llamaban France Thibault, pues en Anjou se emplea frecuentemente France por Francisco. En París puso librería. Sus clientes, no sabiendo si France era el nombre y Thibault el apellido, le decían "Señor France". Y él hizo como ellos, no esclareció el equívoco. Se pueden todavía encontrar libros editados por él y facturados con el membrete: "France, librero". Sobre el escritorio del maestro se halla un vigoroso lobo, en cuyo estuche de cuero se puede leer la inscripción: "N. F. Noel-France".

Asimismo, el hijo del librero fué siempre llamado en el colegio Anatole France.

Fué a los catorce años cuando por azar supo que su papá había tomado un pseudónimo, que él después heredó.

Pero si Anatole France no consiente en ocuparse de sí mismo, en cambio se ocupa mucho de los demás. Esta es la segunda faz de su modestia y es la faz activa. No existe un visitante tímido ni un principiante pálido de emoción que no haya recibido de él una acogida bondadosa. El tiene a flor de labios la palabra esperada, la palabra que agranda el corazón. Posee el genio de la cortesía. No se resiste al placer de provocar el placer en los demás.

Un día que realizaba una festividad íntima en la Bechellerie; había prohibido severamente la entrada a los fotógrafos. Uno de ellos que había hecho el camino a pie, se presentó congestionado, claudicando bajo el peso del aparato fotográfico. Anatole France, apiadado, le dijo: "Y bien, señor, ya se halla en su casa y puede hacer lo que quiera con nosotros".

Lo alivia del aparato, sugiere los grupos y los convidados posan unas quince veces. El fotógrafo, radiante de alegría, se va: fué el día más bello de su vida.

Cuando se encuentra con un autor, le desliza un cumplimiento sobre su último libro, aunque no lo haya leído. Una vez fué sorprendido por un joven novelista que acababa de enviarle un volumen. Anatole no había tenido tiempo de abrirlo. Pero en el deseo de complacer, díjole: "Yo prefiero de su libro la segunda parte". El autor se queda un instante indeciso, después: "Maestro, mi libro no está dividido en partes. Pero yo comprendo lo que usted entiende decir; a usted le gusta más donde la mujer culpable se regenera". Anatole France, estrechándole las dos manos, exclama: "Precisamente".

Y después de todo, él posee el arte de escuchar. Es un arte que en estos tiempos se está desvaneciendo. Yo me pregunto cómo pueden existir brillantes conversadores si desaparecen los que saben escuchar. Mucha gente, al escuchar una anécdota, recuerda enseguida otra parecida, pero siempre mejor.

Y ya distraídos, arden en deseos y en la impaciencia de colocarla. Anatole nunca incurre en esas salidas fuera de tono. No se preocupa de su réplica. Su atención es sincera. Nada le es indiferente. Todo le instruye.

* * *

Así, durante los paseos matinales a través de su cara Bechellerie, él se detiene con placer ante los obreros que reparan o modifican el edificio. Conversando con ellos se informa y asiente a las razones que le exponen. El admira su destreza, su paciencia y también su simple cordura. Por lo menos él los juzga con el mismo interés como cualquier privilegiado de la suerte. No tiene más respeto por los grandes que desdén por los pequeños. Para él la escala social es horizontal.

Y los trabajadores perciben muy bien su estima afectuosa. Esto se refleja en sus caras radiantes de una alegría que se mezcla con un poco de orgullo. Un día un obrero tapicero le rechazó una propina y le dijo con cierta brusquedad: "Yo prefiero un apretón de manos".

De ahí que los trabajadores no le regateen su devoción. En plena guerra, Anatole France debía reconstruir totalmente la casa de su Villa Said. La empresa parecía imposible en esa época. Las diversas industrias de la edificación habían casi cesado de existir. Ahora, bien, todas las dificultades fueron allanadas por los obreros. "—Es de los nuestros", se decían. Todas las organizaciones de los diferentes oficios — y que eran numerosas — fueron exactas a la cita. Y sobre el repoque aún húmedo, Anatole France pudo leer su misma frase, escrita varias veces, como un ex-voto: "La unión de los trabajadores hará la paz del mundo".

A la tarde, cuando desciende por el camino que le conduce a Tours, es para visitar a gente amiga y laboriosa: un encuadernador, un dorador, un fabricante de muebles. ¿Habrá que añadir que el autor de "M. Bergeret" prolonga inusitadamente su visita al anticuario y en las librerías de lance? Es a ellos a quienes se dirige ansioso: "¿No hay nada de nuevo?"

Después finaliza su día haciéndose llevar en coche por las afueras de la ciudad. Ya en la ruta, la carroza es dirigida en todas las direcciones: al este hasta Blois, al oeste hasta Saumur; al sud hasta Chinon y Loches, y al norte hasta Vendome. De esta manera recorre la región de Turena, cuyo cielo, sus casas y sus monumentos armonizan amorosamente con las ideas del maestro.

No obstante, tiene señaladas predilección por dos paseos. El uno a la pagoda de Chanteloup, que conserva los últimos vestigios del castillo de Choiseul, donde fué exiliado Luis XV y recibía los cortesanos que quedaron fieles a su memoria; y el otro que va a la alquería de la Chavonniere, donde vivió Paul Louis Courier, desde 1818 á 1825. Ciertos aposentos y también la cocina, después de un siglo, han permanecido en el mismo estado. La contemplación de estas habitaciones siempre le conmueve a Anatole France, pues él admiraba acendradamente a Paul Louis.

El año pasado se cumplió precisamente cien años desde la fecha que fué asesinado Courier en los bosques de Larcay: de aquel que si no llegó a la talla del maestro, fué como él, porque se abrevó en la fuente de la gracia antigua, y recibió, como él, los dones divinos del estilo, del espíritu y del valor moral.

M. CORDA

¡Pobres gentes!

El Consejo Directivo de la Federación Deportiva Obrera (así como suena), deja constancia de la falta de educación deportiva por parte de los jugadores y de cultura colectiva por parte de los espectadores, en el partido internacional de foot-ball entre argentinos y uruguayos. No sabemos qué admirar más en estos pobres obreros, si su inmaculada estupidez o su desgraciada ingenuidad, porque es necesario ser muy brutos para no comprender que la "educación deportiva" está reñida con la cultura; y que una federación deportiva obrera pretenda cultivar las patas del proletariado, es la mayor incultura que pueda haber.

Lo único que les faltaba a los trabajadores para emanciparse del yugo infamante del capital y del Estado, ya lo tienen en la "Federación deportiva obrera" ¡Pobres gentes!... Pero donde ponen más de manifiesto lo que son y lo que valen los obreros deportistas, es cuando dicen que, "la clase burguesa aprovecha oportunidades como la mencionada para estimular la competición deportiva en forma brutal" (para golpes, violencias, etc.); todo lo contrario a la finalidad superior del sport" (¡qué moralistas se están volviendo los obreros!), y por otra parte envenenar el espíritu de la masa con prejuicios chauvinistas y patrioteros. La sartén le dice a la alcuza: retírate que me ensucias. Pero lo extraño no consiste en que los burgueses se valgan de esos medios, sino en que haya obreros tan infelices de comprendiendo eso se presten a fundar Federaciones deportivas. He aquí donde muestran la hilacha estos modernos corruptores del proletariado:

"La F. D. O. hace un llamado a los obreros y empleados para que ingresen a sus filas, creando así un vínculo (se olvidaron de poner revolucionario) fraternal internacional por encima de todas las fronteras, embelleciendo de este modo la (y esta sí que es gorda) concepción nacional y verdadera del deporte".

¿Pero qué tendrán dentro de la cabeza estos obreros?

¡Pobres gentes!

II

Evolución del movimiento obrero en Alemania

En lucha contra el partido social-demócrata.—Independencia ideológica de la F. V. D. G. (1906-1912)

Al cumplirse los diez años de existencia de la organización de los localistas, en mayo de 1907, *Die Einigkeit* terminaba un artículo de fondo con estas palabras: "La F. V. D. G. fué, es y será a pesar de todos". Sólo con esa voluntad de resistencia era posible la vida frente a la lucha feroz que le tenían declarada sus enemigos, en primer lugar el partido socialdemócrata y las Uniones centrales.

Una táctica predilecta, aparte de las calumnias sistemáticas y de las difamaciones e insultos de toda especie, fué para el partido socialdemócrata la de la unificación; entre los localistas quedaban elementos que no estaban dispuestos a seguir la evolución antiautoritaria de la organización y que espiaban todas las ocasiones para disolver desde dentro la F. V D. G. y adherir sus fuerzas a las Uniones centrales. La simple expulsión de los localistas del partido hubiera provocado un enardecimiento de la lucha y los resultados hubieran sido imprecisos: en cambio la táctica de las negociaciones de unificación prometía más, aunque era evidente que el núcleo principal de los localistas no volvería a comulgar con las doctrinas socialdemócratas. La expulsión de los localistas fué remitida del congreso socialdemócrata de Essen (1907) al de Nurenberg (1908); en ese plazo salieron a la luz los enemigos de la F. V. D. G. cobijados en sus propias filas y provocaron escisiones tras escisiones, deparando rudos golpes a la organización, que sin embargo progresaba sin cesar desde el punto de vista de los principios, de la claridad y del espíritu revolucionario.

En el congreso anarquista de Amsterdam de 1907, la F V. D. G. estuvo representada por Kater y Friedeberg. Friedeberg presentó una resolución sobre la huelga general y la huelga política de masas que fué aprobada por 36 votos contra 6. Según escribió M. Pierrot en *Les Temps Nouveaux* (30 de mayo de 1908), Friedeberg se mostró el anarquista "más categórico" en lo referente a la cuestión del anarquismo y el sindicalismo. Kater escribió un breve informe sobre el congreso (*Die Einigkeit*, 14 de septiembre de 1907) donde, sin ser aún anarquista, expresa calurosamente la impresión causada por Errico Malatesta, a quien, dice, es preciso amar aunque no se compartan sus ideas.

La situación de la F. V D. G. en octubre de 1907 era aun la siguiente: 8 federaciones nacionales con 184 asociaciones locales y 17.633 miembros, cuyo espíritu solidario y cuyo amor a la organización se deduce del hecho de que desde el 1º de enero al 1º de octubre de 1907 satisfacieran más de medio millón de marcos en concepto de cotizaciones y más de 650.000 en concepto de socorro de huelga. *Die Einigkeit* tiene un tiraje de más de trece mil ejemplares semanales. Pero en el octavo congreso de la organización, en enero de 1908, hubo que constatar que diversas organizaciones, con unos 10.000 miembros, habían resuelto fusionarse con las Uniones Centrales y obedecer las exigencias del partido socialdemócrata. Ebert, más tarde social-patriota y luego presidente de la república alemana, pudo decir en el congreso de Nurenberg de la socialdemocracia: "La F. V. D. G. con el resto de miembros que le queda no puede ser tomada en ninguna parte seriamente en consideración para la lucha económica". En el mismo congreso se aprobó la siguiente resolución:

"El congreso saluda la entrada de las sociedades localistas en las Uniones centrales a consecuencia de las negociaciones de unidad.

Las sociedades que han quedado en la F. V. D. G. no obstante las negociaciones, han demostrado por su comportamiento que no quieren las resoluciones del congreso del partido y del congreso socialista internacional de Stuttgart sobre la organización unitaria urgente de la lucha económica de la clase obrera. La F. V. D. G. se ha puesto también en oposición abierta con el partido al combatir internacionalmente y difamar la socialdemocracia, apoyándose en las aspiraciones anarco-socialistas.

Después que las negociaciones de unificación con la Unión general metalúrgica alemana, cuya fundación en oposición de Lübeck han sido calificadas por el congreso de Mannheim como un grave perjuicio para el movimiento obrero, no han llevado a resultado alguno.

El congreso declara:

Toda colaboración de los compañeros en las sociedades adherentes a la F. V. D. G. lo mismo que a la Unión General Metalúrgica Alemana y a los sindicatos locales que no son reconocidos por las federaciones obreras y por las organizaciones locales del partido, es inarmonizable con los principios e intereses de la socialdemocracia".

Los representantes del sindicalismo en Alemania quedaron, pues, con unos 7.000 miembros fieles a sus principios. El golpe asestado por la socialdemocracia fué certero; de no haber sido tal, posiblemente la F. V. D. G. hubiera procedido a la fundación de un cotidiano que habría dado nueva vida al movimiento y le habría asegurado un medio de propaganda en vasta escala. En el octavo congreso fué discutida esa cuestión y el inconveniente que parece haberse presentado fué la ya anunciada escisión de numerosas fuerzas.

Rotos definitivamente los lazos de unión aparente con la socialdemocracia, los miembros de la F. V. D. G. cayeron en gran parte bajo la influencia del sindicalismo francés, cuya propaganda en pro de la huelga general y del antimilitarismo hacían suya. La socialdemocracia alemana no fué nunca antimilitarista y rehuyó con todos los medios la lucha abierta en ese terreno; las excusas son más que superficiales; Bebel decía en cierta ocasión que no debía hacerse propaganda antimilitarista a causa de la legislación penal que se echaría encima en seguida; Molkenburg porque el antimilitarismo es una ideología pequeño-burguesa, etc. Otro de los puntos que unían a la F. V. D. G. con el sindicalismo francés en su período más brillante, era el antiparlamentarismo — la concepción más monstruosa y descabellada, de acuerdo a la opinión de los jefes socialdemócratas. Además, el sindicalismo francés procuraba algunas armas circunstanciales a los militantes de la F. V. D. G. y durante un tiempo se constata cierta afinidad; pero tampoco luró mucho; la realidad demostró a los sindicalistas revolucionarios alemanes que tampoco Jouhaux y compañía representaban los intereses de la clase obrera. Con quien la F. A. U. D. mantenía relaciones amistosas era con el Secretariado Nacional del Trabajo de Holanda (N. A. S.) definidamente libertario. Además seguía con interés el movimiento de Italia. De la tradición de la primera Internacional, sin embargo, no conoció nada.

Pero la tendencia definitiva estaba ya delineada; prueba de ello es que hasta las ediciones de folletos se basaban en la propaganda de las ideas y la táctica del socialismo libertario, como el folleto de Pierre Ramus, *Huelga general y acción directa en la lucha proletaria de clases* (Berlín, 1910, 63 págs.), el del Dr. Benedikt Friedhänder. *El socialismo libertario en oposición a la esclavitud de Estado de los marxistas* (Berlín, 1910, 115 págs.). Numerosos colaboradores anarquistas exponían en *Die Einigkeit* sus ideas, como Fritz Oerter y otros.

En marzo de 1910 se celebró el noveno congreso de la F. V. D. G. *Die Einigkeit* misma lo calificó de segundo congreso de los sindicalistas revolucionarios alemanes, pues fué en el octavo donde se rompió por completo con todo partido político y se proclamó la independencia del movimiento sindical, con su finalidad en la lucha económica revolucionaria. En 1909 fueron fundadas 20 nuevas organizaciones en medio de la lucha contra la socialdemocracia y las Uniones centrales; al comenzar el año 1910 la F. V. D. G. contaba con 146 organizaciones adherentes; el rudo golpe de 1918 comenzaba a cicatrizarse de nuevo; la desanimación que cundió en algunos excelentes militantes fué superada. El noveno congreso fué concurrido por 64 delegados con 86 credenciales; había 15 sociedades adherentes en Berlín, 4 en Dusseldorf, 6 en Hamburgo, 7 en Munich, 2 en Elberfeld, 2 en Mannheim, 3 en Dresde, etc.

El 9º congreso volvió a la cuestión del cotidiano, pero hubo de convencerse que no disponía de las fuerzas materiales necesarias ni de los lectores; pero *Die Einigkeit* era insuficiente y no tardó mucho en fundase un nuevo órgano. Se rechazaron los contratos de trabajo en que veían el supremo ideal las Uniones centrales, la tendencia Hirsch-Duncker y los sindicatos cristianos. En los estatutos y en la declaración de principios se introducen algunas modificaciones de acuerdo a los programas ideológicos de la organización. La F. V. D. G. no se pronuncia claramente por el comunismo anárquico, pero reconoce el comunismo federalista (*Die Einigkeit*, 9 de abril de 1910). Ciertamente hay que reconocer que la táctica de los anarquistas que actuaban fuera de los sindicatos era poco apropiada para romper el temor a las palabras; la F. V. D. G. se colocó en el terreno del socialismo libertario, sin mencionar las palabras que hoy lo expresan, en primer lugar porque los anarquistas alemanes, en su mayoría, estaban agrupados en organizaciones específicas, como la Federación Socialista de Landauer, la Federación Comunista Anarquista de Alemania; esas organizaciones no se fundían

(*Continuará*)

D. Abad de Santillán

***

Los diputados se baten

A los diputados les pasa lo que a las comadres: primero se dicen recíprocamente lo que son a grito pelado, esto es, se echan en cara mutuamente todos los pecados y chanchullos de la *profesión* encubiertos con el hipócrita manto del honor; después, cuando ya todo el mundo sabe y está convencido de lo que ha visto y oído, salen por los fueros de la malparada y perdida honestidad, hacen del escándalo un recurso para despertar la compasión del público y hacer que éste intervenga para que la sangre no llegue al río... He ahí por qué se llega al duelo. El duelo entre los políticos no es más que un recurso teatral. De esa manera tratan de salvar el error de haberse dicho a gritos lo que todo el mundo tenía ya casi olvidado de puro sabido.

La farsa del duelo no convence ya ni a los tontos que siguen creyendo en la honestidad de sus representantes. Es inútil que se batan los diputados y los "diputables' para recuperar lo que nunca han tenido. ¡Si sabremos en qué consiste el honor de los parásitos del pueblo!

A

BIBLIOGRAFIA

"Prismas" — Poemas por Eduardo González Lanuza.—

En un prólogo de prosa constantemente castigada, el autor de este libro de versos despliega la bandera de su credo estético.

Y a fé que llega a decir — más bien expresar — algunos aspectos de un interés sumo, del eterno problema de lo que es vulgar y trillado en poesía y lo que no lo es.

Hay que advertir, por lo pronto, que se proclama un iconoclasta en cuanto atañe a lo que él considera los cánones vetustos de la forma poética.

¿Consigue, Eduardo Gonzáles Lanuzza, sus propósitos innovadores?

Es lo que trataremos de demostrar, durante el curso de esta breve noticia bibliográfica.

Forzosamente hemos de creer que su inquietud y sus ansias renovadoras, en busca de perspectivas ignoradas para el común de los rimadores, son indudablemente sinceras. Porque si fuera de otro modo, su obra sería negativa y falaz.

Por eso pondremos toda nuestra buena fe para hallar la belleza y la emoción absondita que, a veces, por un exceso de atildamiento y pulcritud literaria, mitiga sus fulgores.

¿Acaso no dijo algo parecido Zola acerca de Flaubert, el benedictino literario, que era tan premioso para producir?

Precisamente, acompañando el entierro del autor de "Madame Bovary", Zola, al contemplar el panorama del caserío de la ciudad de Ruan, cuyas descripciones matiza la obra flaubertiana — observó que el carácter, la belleza que él en ese momento creía percibir, no se transfundían plenamente en las páginas de la inmortal Bovary.

¿Estaba equivocado Zola al achacar la culpa de esa merma de una plenitud estética a la exajerada meticulosidad de Flaubert?

Posiblemente, ya que la sensibilidad literaria de los dos novelistas era opuesta y muy desemejante.

Pero, asimismo, en la observación de Zola hay una partícula de verdad.

Nunca los verdaderos innovadores pudieron ver la madurez de sus esfuerzos. Es cierto también que los auténticos — no los de la superficie ni del aspecto esotérico — sino los revulsivos, esos, dejan tema y labor para varias generaciones. Y eso, cabe decir, fué siempre misión única de todos los genios. Pero esos genios nunca malgastaron su tiempo intentando innovaciones ortográficas o tipográficas.

No se imagina uno a un Tolstoy haciendo arabescos de estilo o componiendo geroglíficos con párrafos cercenados, y un derroche de puntuación arbitraria. Esos menesteres minúsculos se los dejan a un Vargas Vila y coetáneos.

Los genios de buena cepa están demasiado ocupados en los fundamentales problemas humanos que atañen a nuestra especie, o en generalizaciones donde la verdad única e incontrastable despide sus fulgores por la multitud de sus facetas, para beneficio de la humanidad.

Por otra parte, desde ese monstruo raro que es el hombre genial, hay una degradación de valores intelectuales respetables que contribuyen al progreso espiritual del pueblo.

Ningún esfuerzo, por infinitesimal que sea, cuando encamínase en ese sentido, es perdido.

Somos los humildes artesanos que en la catedral del pensamiento universal labramos una imagen, esculpimos un capitel.

Desde ese punto de vista, nuestra labor adquirirá el grado de nobleza inusitada que le otorgue nuestra sinceridad y el amor que pongamos en la tarea.

Considerando desde este plan espiritual el libro de versos "Prisma", de Eduardo González Lanuzza, resulta un esfuerzo meritorio, ya que va contra los rimadores adocenados y contra los moldes del sempiterno soneto — brodequín chino para la emoción y la idea — y de la rima rica.

Cuando González Lanuza proclamaba el ritmo, poniéndolo por encima de la medida y de la rima, estamos completamente de acuerdo. La música debe ser interior y no formalmente externa. Y el ritmo es intrinsecamente el alma de toda música.

Hay en estas poesías hallazgos de expresión que son como joyas raras en estos tiempos desaforadamente metafóricos.

Digamos que la obsesión del lugar común que le posee a Lanuzza, hace que martirice la frase hasta hacerla chillar, cayendo, ya, en extravagancias.

Lo que no nos convence es la disposición tipográfica de algunos poemas, como "El poema de las fábricas".

Y que esto no es muy nuevo, lo demuestra Charles Nodier, en 1830 y pico, novelista francés que para hacer descender un personaje por una escalera adoptaba esta disposición tipográfica:

Y:
Julio
descendió
por
la
escalera.

Ya ve, caro poeta: nada hay nuevo bajo el sol, ni aún las innovaciones tipográficas. — *Ar*